

la condesa. Esta penetró; pero apenas había avanzado dos pasos, un grito horrible se escapó de su pecho, y cayó pesadamente sobre el pavimento. La dueña, pálida y temblorosa, permanecía en pié, sin inclinarse á ver á su señora, que á su lado yacía inanimada; la pobre mujer miraba fijamente en el fondo de la habitación, á la dudosa luz de la lámpara, una terrible aparición que le producía un espanto mortal: el conde de Almata estaba sentado junto al lecho de la condesa, con una pistola en cada mano y rugiendo de cólera como un león herido. Fijó en la condesa sus ojos centellantes, lanzó una carcajada amarga y sardónica, se levantó, y dirigió su mano derecha, armada con la pistola, hacia su esposa desvanecida..... Pero pareció de repente dominado por un secreto pensamiento, porque, lanzando un grito de desesperación, arrojó al suelo la arma mortífera, y salió de allí como un hombre que retrocede ante un asesinato y quiere escapar de las inspiraciones de su propia cólera. Al alejarse, profirió una horrible maldición que llegó al oído de Inés, y desapareció en las tinieblas de la escalera. La dueña cayó de rodillas al lado de la condesa, y se puso á llorar amargamente: había olvidado ya el inminente peligro que su vida acababa de correr, para no pensar ya más que en su señora.

VI.

Sentada estaba la condesa en la habitación que daba á la calle. Su cabeza se apoyaba sobre el brazo del sillón, sus cabellos se extendían en desorden sobre su cuello, y el vestido que la cubría estaba sin ningún alfiler. Un silencio lúgubre reinaba á su rededor..... Parecía la condesa un cadáver guardando la posición en que la hubiera sorprendido una muerte súbita..... Y si la lenta y penosa respiración

que agitaba su seno, manifestaba que la vida no la había abandonado aún, se veía también que un indecible martirio había debido agotar las fuerzas de la infortunada, que estaba allí abrumada por la más profunda desesperación.

El ruido de la puerta que se cerró con violencia, la hizo estremecer; levantó un poco la cabeza y escuchó con ansiedad, pero inmediatamente la dejó caer de nuevo sobre el brazo del asiento. La dueña entró precipitadamente en la habitación, tratando de amortiguar el ruido de sus pasos, y tomando el brazo de su ama, dijo á ésta con alegría:

—Señora, demos gracias á Dios: el conde acaba de entrar!

La condesa, como reanimada por esta noticia, se levantó del sillón, elevó las manos y los ojos al cielo, y dijo con una voz llena de gratitud:

—¡Sed bendito, Dios mío, por no haber permitido que esa desgracia sucediese! Protejed, Señor, á mi inocente hija. Dejadme morir en expiación de mi falta..... ¡Oh, gracias, gracias, porque habéis salvado al hombre excelente de quien yo he envenenado la vida!..... Vuestro ángel bueno ha arrancado de su alma el horrible pensamiento que la dominaba; vos no habéis querido, oh Padre celestial, que una muerte pesara sobre vuestra infortunada esclava..... Ah! ¡bendito sea vuestro santo nombre!.....

La dueña exclamó entonces, presa de un invencible terror:

—El conde está aquí, y puede venir inmediatamente..... Decidme, pues, lo que vamos á hacer..... Estoy desesperada y en una inquietud mortal.

—Vé á encontrarle, Inés, vé pronto!.....

La dueña no pareció de ningún modo dispuesta á seguir este consejo; inclinó la cabeza y guardó silencio.

—¡Desdichada de mí!—exclamó la condesa.

—¡No te atreves, Inés!..... ¿Quieres, pues, que

sea yo quien vaya á encontrarle?..... Tú, que eres tan elocuente, que sabes hablar directamente al corazón, ¿me abandonarás en este instante supremo?

—¡Ah, mi querida señora!..... no me atrevo. —dijo la dueña. —Si lo hubiérais visto, con los ojos centellantes y el rostro descompuesto, cerrar violentamente la puerta tras de sí, y precipitarse en la casa blasfemando..... ah! vos estaríais salvada!..... parece que la muerte lo acompaña!.....

—¡Me niegas este último servicio!—dijo la condesa con voz débil é inclinando la cabeza con abatimiento.—¿No te atreves á poner en ejecución el buen pensamiento que tú misma me has indicado como última tabla de salvación?..... Y bien, sea!..... A Dios recomiendo mi alma; y tú, espera aquí con resignación el golpe que sin duda va á herirme.

La dueña, con la frente apoyada sobre el respaldo del sillón, lloraba en silencio. Después de algunos instantes, exclamó la condesa:

—¿Y sería yo ingrata y cobarde hasta este grado?..... El deber, mi corazón que sangra, mi conciencia desgarrada, todo me grita que debo arrancarle del infierno de desesperación en que está sumergido y donde sufre horrosos tormentos..... ¿Y había yo de retroceder ahora?..... Oh!..... no!.....

—Quedaos, quedaos aquí, mi pobre señora, —dijo la dueña suplicante y juntando las manos: —Mirad que puede mataros!.....

Pero la condesa no escuchó, y continuó con una exaltación creciente:

—Yo he dejado la casa durante la noche, y él me cree culpable de la más horrible traición; durante diez años ha sacrificado el reposo y el bienestar de su vida por mí, por su adorada Catalina; ya no soy á sus ojos más que una despreciable, una infame criatura; el amor, el odio y la venganza luchan en este momento en su corazón y lo destrozán cruelmente..... ¿Y por vergüenza, por temor de la muerte, le he de

dejar luchar con tan horrible pensamiento?..... No, Iné: si hace falta una víctima, ésta debe ser la culpable..... Espérame aquí, voy á encontrarle.....

Al decir estas palabras se dirigió á la puerta; pero la dueña se le interpuso, cayendo de rodillas y exclamando:

—¡Perdonadme, señora, perdonadme!.....

—Nada tengo que perdonarte, —dijo la condesa levantando á la dueña y abrazándola: —Comprendo tus temores, mi buena Iné; pero tranquilízate, y déjame ir.

—¡Vos no iréis!—exclamó la dueña:—vuestra vista le colmaría de furor; en medio de los reproches que él os dirigiría, no podríais decirle lo que debíerais. Vuestra valerosa resolución me ha recordado mi deber..... Que la muerte me espere ó no, soy yo quien debe ir á él: no quiero que la que es mi ama y señora tenga que ruborizarse de sus propias palabras.... Mi partido está tomado: lo que os prometí esta mañana, lo cumpliré..... Id, volveos á vuestro sillón, y esperad.....

Sin dar tiempo á la condesa de hacer alguna observación, la dueña salió de la habitación precipitadamente, cerrando por fuera la puerta y llevándose la llave. Animada con el ejemplo de su señora, la dueña ya no tembló. Intrépida por naturaleza, se revistió, por el contrario, en su importante misión, de una energía extraordinaria, y resueltamente atravesó los corredores y se presentó sin premeditación ninguna en las habitaciones del conde de Almata.

El esposo infortunado estaba sentado junto á una mesita, con la frente apoyada sobre la mano y la mirada fija en el suelo. Las dos pistolas, cargadas aún, estaban á su lado.

Cuando apareció la dueña, sobrecogió al conde un estremecimiento y se descompuso su rostro.

—¡Vil serpiente, vives todavía!—exclamó con voz terrible, pero sin moverse. —Me traes

tu sangre en expiación..... ¡no la quiero!..... El verdugo y la hoguera harán justicia de tu infame traición.....

La dueña no se dejó intimidar por estas terribles palabras; guardó silencio un instante, y luego dijo con voz al parecer tranquila:

—Conde de Almata, sospecháis un crimen de vuestra esposa, y no tenéis razón!..... Mi señora ha guardado religiosamente la fe que os prometió delante de Dios, al pie del altar.....

—Ah! la impostura se añadirá á la traición!..... Retírate!..... no me provoques; mi cólera podría encenderse de nuevo.....

—Conde de Almata,—respondió la dueña con serenidad:—dignaos mirarme..... no tiemblo: el criminal no está tan tranquilo delante de su juez. Vos me escucharéis, porque os traigo la tranquilidad y la paz..... acaso la felicidad. Sufrís inexplicables torturas, vuestro corazón amenaza romperse en vuestro pecho. Si vuestras horribles sospechas estuvieran fundadas, seguramente tendríais razón, no sólo en sufrir el suplicio que os atormenta, sino también en saciar vuestra venganza en la sangre de los culpables..... Pero no es así, conde de Almata, y estáis haciendo una injuria á vuestra esposa!.....

El conde llevó la mano á su frente y se torció dolorosamente sobre el asiento, como si luchara contra un pensamiento que se obstinaba por penetrar en su alma.

—Y pensadlo bien, señor conde.—prosiguió la dueña:—si es cierto que la condesa nunca ha dejado de amaros, si es cierto que ha permanecido pura y fiel, considerad cuán injusto habéis sido torturando vuestro propio corazón y haciendo pesar sobre ella las más indignas sospechas. Y bien, todo esto es la verdad, conde de Almata: cualquiera otra idea que pudiérais tener de vuestra esposa, sería falsa!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó el conde con voz llena de dolor y de cólera:—¿Cómo te

atreves á hablar así, Inés?..... Y esta noche..... esta noche.....?

—Estáis en un error, señor conde. Bien lo sé, hemos obrado mal, os hemos cometido una falta grave, y nada puede excusar nuestra conducta; pero si hemos obrado imprudentemente, nuestro objeto no tiene nada de común con lo que sospecháis. Perdonadme que os hable así..... Con respeto me humillo ante mi amo y señor; pero aquí defendiendo el honor ultrajado de mi señora. He venido para quitar de vuestro corazón las infernales torturas de la incertidumbre. Podéis hacer de mí lo que queráis, podéis aniquilarme; pero yo daré testimonio de que lo que os he dicho es la verdad pura, aun en presencia de la muerte!.....

—Mi corazón arde,—dijo el conde;—todo da vueltas delante de mis ojos; sufro horriblemente..... ¡Catalina sería pura!..... ¡Aún podría yo amarla!..... Inés, si vuestras palabras fuesen mentira, mil muertes no bastarían para castigar vuestra crueldad..... Ah! ¡tened piedad de mí, no me engañéis!.....

La dueña se aproximó lentamente al conde, cayó de rodillas á los pies de éste, le tomó una mano, y besándosela respetuosamente, le dijo:

—Mi buen señor, yo os ruego por vos mismo, por la condesa y por mí, que me dejéis hablar..... He venido á revelaros el secreto que desde hace tantos años pesa como un velo fúnebre en vuestra vida; y si es para vos un motivo de ira, vuestra bondad me hace esperar que perdonaréis lo que puede ser perdonado. ¿Me permitiréis, pues, hablar? ¿Me escucharéis sin interrumpirme?

—Levantaos,—le dijo el conde mostrándole un asiento;—y si lo que vais á decir es la verdad, que Dios os colme de bendiciones!.....

La dueña no se sentó; permaneció en pie al lado del conde, inclinó la cabeza, bajó los ojos, y comenzó así su narración:

—Conde de Almata: recordad la época en que encontrásteis en el castillo de Ghyseghem,

con vuestro hermano y su esposa, un asilo hospitalario contra la persecución de los enemigos de España. Allí se había retirado también un joven hidalgo que amábais como á vuestro mejor amigo, y que por su parte os mostró la más ardiente simpatía. Dolores y alegrías, temores y esperanzas, todo lo compartíais con él, y él era para vos como un hermano.....

—¡Pobre Lancelot!—murmuró el conde suspirando.

—Lancelot de Bisthoven amaba á la señorita Catalina,—prosiguió la dueña,—vos mismo, señor conde, parecíais tomar un vivo interés en aquel leal amor, y no desperdiciábais ninguna ocasión para ensalzar en presencia de la joven las virtudes, la bravura y la cortesía de Lancelot. Vos no érais, sin embargo, insensible á la seductora belleza de la señorita Catalina: pero el deber y la generosidad os obligaron á ahogar el amor en vuestro propio corazón, en pro de la felicidad de vuestro amigo. El bien que jamás cesásteis de decir de Lancelot, las ocasiones que vuestro espíritu inventivo procuraba para ayudarle y favorecer sus deseos, llegaron á despertar en el corazón de la joven un tierno afecto hacia vuestro amigo. Feliz fué el día para vos también, conde de Almata, en que se celebraron en el templo del Señor los desposorios de mi joven ama con Lancelot de Bisthoven. Todas las promesas recíprocas cambiadas en presencia de ambas familias, á todos parecieron indisolubles y que nada podía ya destruirlas. Algunos días después, el sagrado lazo del matrimonio debía unir para siempre á mi joven ama con vuestro amigo.....

—¡Ay!—exclamó el conde:—¿Para qué es el evocar tan tristes recuerdos? ¿Acaso no os parece bastante lo que padezco?

Sin parecer notar la emoción del conde, la dueña prosiguió:

—Una muerte espantosa vino á romper aquella unión, antes que la bendición del sacerdote la hubiera sancionado para siempre. El

anciano señor de Ghysegghem se vió precisado á partir para Gante con el fin de asistir á las conferencias sobre la paz. Yo permanecía sola con la señorita Catalina en la casa que habitábamos desde hacía algún tiempo en la calle Alta. Vos lo sabéis, señor conde: yo caí de repente con una enfermedad mortal, y largo tiempo permanecí en el lecho sin conocimiento, presa de una fiebre ardiente..... Un día,—día que la ciudad de Amberes ha escrito con lágrimas y sangre en sus anales,—los españoles, con la espada en una mano y una tea incendiaria en la otra, cayeron sobre la ciudad: la muerte y el incendio marcaron su paso por nuestras calles. Los habitantes corrieron á tomar las armas é hicieron una resistencia desesperada; tados los que encontraron fueron víctimas de su justa venganza. Todavía me parece oír los gritos furiosos de la multitud que sitiaba nuestra casa para mataros; aún escucho los gritos desesperados de Lancelot que con la espada en la mano y todo cubierto de sangre defendía vuestra vida contra la rabia de los sitiadores... Ay! cuando los españoles vertieron bastante sangre y el fuego había arrasado gran número de casas, el cadáver de Lancelot yacía traspasado por cinco estocadas; vuestro hermano y su mujer y sus hijos habían perecido en su casa, víctimas del incendio..... Perdonadme, conde de Almata, si os hago llorar; pero casi estoy forzada á hacerlo así..... Algún tiempo después, cuando á los queridos muertos ya sólo se lloraba en el fondo del corazón, un violento amor hacia Catalina se encendió de nuevo en vuestra alma. Creísteis que era un deber para vos el hacer feliz á la desposada de vuestro amigo, y pedísteis su mano. Mi ama á nadie estimaba en el mundo más que á vos; nadie era á sus ojos de más noble corazón y más digno de amor que vos, señor conde; y sin embargo, rehusó unir su vida á la vuestra con los lazos del matrimonio, y aun rechazó vuestra súplica con una especie de repulsión y de horror, co-

mo si le hubiérais ofrecido la vergüenza y la desdicha. Aun no habréis olvidado, conde de Almata, que fueron inútiles vuestros esfuerzos por vencer su resistencia y que muchas veces os suplicó de rodillas y l'orando que renunciárais á esa unión: superfluo será recordaros todo eso. En fin, dominado por una pasión que no podíais vencer, acudísteis al poder de su padre, y.....¿qué hicísteis?..... Arrastrásteis al altar, como á una víctima, á nuestra pobre señorita, y allí le arrancásteis por la fuerza su consentimiento..... ¿Digo ó no la verdad?

—Ah! ¡yo amaba á Catalina más que á mi vida!

—Lo sé, y estoy muy lejos de decir lo contrario; pero vos, conde de Almata, ¿sabéis por qué mi señora ha luchado contra vos como contra un hombre de quien ella no debía esperar sino la desgracia y de quien ella misma tendría que envenenar la vida? ¿Conocéis el secreto que desde hace tantos años pesa sobre todos nosotros como una horrible pesadilla?.....

La dueña aproximó sus labios al oído del conde, y dijo con voz ahogada:

—El lazo que unía á Lancelot y Catalina no podía romperlo ningún poder sobre la tierra: la misma muerte era impotente para romperlo..... Una hija de Lancelot vive, señor conde, una pobre niña, prenda inocente de la fe eterna que unió, al que hoy ya no existe, con la pobre mujer que ha quedado sufriendo sobre la tierra!.....

El conde de Almata palideció de súbito y miró fijamente á la dueña que, bajo esta terrible mirada, dobló la cabeza, sufriendo la mayor ansiedad. Un suspiro ahogado y un grito ronco dieron á conocer que una profunda herida había hecho al conde la anterior revelación. Horribles ideas de deshonor y de afrenta se agolparon á su espíritu; pero hizo un violento esfuerzo para no sucumbir al dolor que lo torturaba, y permaneció mudo é inmóvil sobre su asiento.

La dueña continuó con voz triste y conmovida:

—Dios no ha querido concederos hijos, señor conde, y os es imposible comprender el irresistible poder del sentimiento maternal en el corazón de una mujer; y aunque fuérais padre, tampoco lo comprenderíais: jamás hombre ninguno sabrá conocer la pasión que, como un fuego divino, consume el corazón de una madre por su hijo, y que, hasta en el lecho de muerte, hasta en la hora del postrer suspiro, la hace clamar á Dios por el hijo que deja sobre la tierra!..... Ah! si se adora á un hijo cuando se le ve crecer y ser feliz en medio de todos los gozes de la vida, con cuánta más razón el amor de una madre puede exaltarse hasta la locura cuando el sér á quien ha dado la vida gime en la desgracia!..... Conde de Almata: mi señora ha vivido ocho años sin saber lo que ha sido de la pobre hija de Lancelot; durante ocho años ha gemido y llorado; durante ocho años su corazón sólo ha manado sangre, y á nadie más que á mí ha podido hablar de sus dolores y de sus amargos sufrimientos: se ha visto precisada á engañaros á vos, que os ama ardientemente, que os venera como á un modelo de bondad y generosidad, y os ha irritado con el misterio de sus palabras y de sus acciones; os ha herido en vuestros más profundos sentimientos y ha cambiado vuestra vida en un infierno de sospechas, de desesperación y de duda..... Ah! yo he visto á la pobre mártir desfallecer al peso del abatimiento; he visto marchitarse las rosas de sus mejillas y desaparecer al soplo devorador de los pesares; he visto aproximarse á ella lentamente la muerte. Vos mismo, señor conde, me habéis dicho con desesperación repetidas veces: «¡Ay de mí! ¡ella morirá!..... ¡un misterioso é incomprensible dolor la consume!.....»

Un sordo lamento, expresión de una cólera comprimida, fué la sola respuesta del conde. La dueña prosiguió:

—Habéis consentido, en fin, á emprender un viaje á los Países Bajos, y de esta manera habéis vuelto la vida á mi señora. Después de haber buscado por mucho tiempo en secreto, hemos encontrado á la niña en Amberes; está cerca de aquí, en la casa de las huérfanas. Esta noche, la infortunada madre ha querido abrazar por última vez á su hija, consolar su propio corazón y verter sobre la adorada niña las lágrimas de despedida antes de partir para España. La pobre señora ha dejado la casa durante la noche: es una culpable locura, lo reconozco; pero la señora condesa no tenía otro objeto que abrazar á su hija..... Y si podéis dudar de la verdad de todo lo que os he dicho, señor conde, en una casa de la calle del convento vive la pobre mujer de un soldado, llamada Ana Canteels, á quien fué confiada la niña en otro tiempo, y que lo sabe todo. La niña se halla cerca de aquí, donde ha sido colocada como huérfana; es muy pequeña aún, y se llama Houten Clara. Aca'o querréis, señor conde, aseguraros de la inocencia de vuestra esposa: estáis en vuestro derecho; pero yo os lo suplico: cualquiera que sea vuestra decisión, cuidado del honor de mi señora, honrad la memoria de vuestro amigo Lancelot, y salvad vuestra propia casa del escándalo y de la deshonra! Nada me resta ya que deciros: conocéis toda la verdad.

Ya hacía rato que había concluido de hablar la dueña, cuando el conde la dijo con una irritación mal contenida:

—Está bien, retiraos Ah! Habéis pretendido traerme la tranquilidad y la paz, y no habéis hecho más que cambiar la causa de mi desesperación!..... Junto á la herida que abrió en mi corazón una horrible sospecha, me habéis abierto otra no menos sangrienta..... Es necesario que yo consulte á mis parientes y amigos sobre lo que debo hacer; quiero borrar de mi escudo esta mancha..... Retiraos, de-

jadme solo; vuestra ama conocerá mi decisión antes de la noche.

La dueña salió de la habitación del conde, y se detuvo en los corredores con cierta alegría mezclada de tristeza: esperaba y temía á la vez, sin ánimo para prever cuál sería el resultado de su tentativa. Pensando, sin embargo, en que su revelación había calmado la cólera del conde y le había dejado en su corazón un dolor menos terrible, se aplaudió interiormente de lo que había hecho. Una sola duda, pero cruel, la martirizaba: ¿Se separaría el conde de Catalina? ¿La rechazaría como una esposa culpable? ¿Partiría él solo á España, cubriendo así de oprobio al último vástago de la noble familia de Ghyseghem? Agobiada con estos penosos pensamientos la dueña se dirigió al fin á la habitación de su señora, y después de haber entrado cerró la puerta con precaución.

El conde había permanecido inmóvil en su sillón, con la mirada fija y sin expresión, como sumergido en un abismo de pensamientos y reflexiones. Las contracciones que por momentos crispaban su rostro y la amarga sonrisa que vagaba por sus labios, revelaban la tempestad que se desataba en el fondo de su corazón. Esta lucha interior duró cerca de una media hora; pasó después la mano con desesperación por su frente y por sus ojos, como para rechazar las ideas que le martirizaban. De pronto se levantó, y cubriéndose con una capa oscura que á la mano tenía, se lanzó precipitadamente fuera de la casa.

VII.

Sin duda el conde huía de su casa para buscar alguna calma al aire libre, porque pocos instantes después se paseaba detrás de las plantaciones del Hospital, no lejos de las fortificaciones de la ciudad. Quizás el dulce viento